

1946, NAZIS EN CHILOÉ

NOVELA

Miguel Vera Superbi



© **Miguel Vera Superbi**

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Zurich 255 oficina 23 - Las Condes.

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 230.377

ISBN: 978-956-8865-30-6

Ilustración de portada:

Jenny Contente Guazzotti

Diseño y diagramación:

Jenny Contente Guazzotti

Impreso en:

Dimacofi

Junio, 2015

Ch863

V473m Vera Superbi, Miguel, 1957.

1946, nazis en Chiloé / Miguel Vera Superbi — 1a.

ed.

Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2015.

96 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-30-6

1. Novela Chilena. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

1946, NAZIS EN CHILOÉ

NOVELA

Miguel Vera Superbi



SIMPLEMENTE
EDITORES

ÍNDICE

Capítulo I	EL TÍO LUIS	9
Capítulo II	LA BÚSQUEDA.....	18
Capítulo III	HELGA.....	39
Capítulo IV	LOS DOCUMENTOS.....	43
Capítulo V	WOLFGANG HEINZ.....	49
Capítulo VI	CARLOS.....	55
Capítulo VII	ASESINO.....	63
Capítulo VIII	PRESO.....	68
Capítulo IX	EL ORO EN EL RELOJ.....	74
Capítulo X	LAS FOTOS.....	78
Capítulo XI	EL SOBRINO.....	82
Capítulo XII	LA SÉPTIMA CUEVA.....	89
Capítulo XIII	CUMPLIMIENTO.....	95

CAPÍTULO I

EL TÍO LUIS

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué estai haciendo cabro de moledera? —me gritó el tío Luis desde la puerta de su almacén— Deja la pistola en la mesa con cuidado, ¡cálmate! —dijo moviendo las manos para ayudar a las palabras e inclinando la cabeza hacia adelante para que lo escuchara mejor.

—Si estoy calmado, tío —contesté azorado—. La estaba mirando no más —mi tío se fue acercando con lentitud y tomó la pistola. Revisó el seguro y la recámara por si había pasado una bala.

—La culpa es mía por dejar el cajón sin llave. Menos mal que no te volaste una pata, cabro de mierda, imagínate cómo se lo habría explicado a tus padres. ¿Viste, Helga? —se dirigió con voz tronante a su esposa, levantando una mano.

—Carlitos, casi la hiciste —dijo la tía Helga muy rígida y con cara de molestia desde el otro lado del almacén.

Ella también podría haberse fijado: la situación trataba de un niño con un arma semiautomática en las manos. La casa y en particular el almacén del tío Luis y la tía Helga eran unos lugares increíbles para un chico de mi edad, cinco o seis años, época de la cual tengo claros recuerdos de los viajes anuales de vacaciones a Quellón. Veníamos desde Santiago adonde los tíos a descansar un mes completo, a veces más. Cuando uno es chico empieza a aburrirse del descanso al día siguiente a la llegada y suele meterse en líos como el de la pistola.

Aunque tenían tierras, islas, animales, botes y lanchones para vivir tranquilos como familia acomodada, el tío y la tía se

habían hecho de un enorme almacén, único en la zona. “Nos gusta el trato con la gente, no podríamos vivir solos en el campo todo el tiempo”, eso les oí replicar en la mesa a mis padres, cuando ellos los criticaban por su dura vida. Luis y Helga se levantaban temprano los siete días de la semana para acarrear cosas y atender a la gente del pueblo, sin olvidar —eso sí— hacerse cargo de sus otros negocios.

Lejos de restringir mis investigaciones, seguí introduciéndome, solitario, despacio y silencioso por cada rincón. El almacén era un caserón de madera de alerce que me parecía enorme en aquellos tiempos. Allí se encontraba de todo: frutas secas dentro de toneles cortados por la mitad y arrimados al muro, aromáticas cebollas en escabeche, caramelos en frascos sobre los largos mesones del despacho, los mismos que me causaron más de una indigestión. Los tíos, que atendían gente todo el día, me dejaban hacer y padecer. La mezcla de olores a pescado, mariscos, ajos, cilantro, café en grano molido y toda clase de alimentos conformaban un gran catálogo aromático. Me entretenía mucho: identificaba los alimentos a ojos cerrados, sobre todo cuando el viento, que se colaba por la puerta y las ventanas, movía el aire.

En mis exploraciones del almacén encontraba de todo: sacos de arroz en el suelo, blancos sacos de harina, sacos de arpillera con porotos, lentejas o garbanzos amarillos; todos ellos arremangados para la faena del día a día. Grandes rollos de telas, algunos de un solo color, otros con motivos sencillos destinados a vestidos y camisas. También había herramientas agrícolas, rollos de cordel y alambre colgados en las paredes de tablas de lingue y alerce, enseres domésticos, artículos de pesca, trampas diversas, escopetas de uno o dos cañones y el arma personal del tío Luis, que permanecía guardada en el cajón.

La Beretta M15 bien engrasada, era mi delirio; resultaba irresistible su bella silueta enfundada en la cartuchera de cuero. El tío la conservaba como nueva. Cuando él viajaba, yo la sacaba del cajón y la tía Helga me daba quince minutos exactos

para contemplarla y jugar, a sabiendas que estaba descargada. Ella conocía lo suficiente de armas como para cuidar el almacén y las tierras durante las ausencias del tío Luis.

En mi infancia, ir a Chiloé siempre fue un acontecimiento excitante. Recuerdo que preparaba mi maletita dos semanas antes para estar listo para el gran viaje. Era como ir a otro país, pues allá se hablaba ‘cantadito’, diferente a como se habla en Santiago: seco, sin muchas inflexiones y comiéndonos letras. En esos tiempos el viaje tomaba varios días: tren a carbón hasta Puerto Montt, bus hasta el Canal de Chacao, ferry o lanchón a la Isla de Chiloé, bus a Castro, barco a Quellón. El barco era la motonave ‘Calbuco’, que me parecía el mayor de los cruceros.

La mejor opción era llegar en barco de noche. Para desembarcar se usaba un bote, porque debido a su gran calado el buque no podía acercarse mucho al muelle y quedaba anclado a la gira, a unos doscientos metros de la costa. Era toda una aventura subirnos al bote bamboleándose a babor, con mi madre chillando a causa de los nervios, “Carlos, ayúdame, no me sueltes”, y mi padre haciendo de chilote avezado en cosas del mar, tomándola silencioso para que subiera, quizás algo avergonzado por la escena. A mí me gustaba saltar desde la escalerilla del barco al bote cuando este subía con las olas: así demostraba que era digno hijo de mi padre. Me gustaba parecer un chilote de verdad. Hablaba cantadito para que no descubrieran que era un capitalino; yo notaba que ser de Santiago no era un pasaporte a la confianza en el Sur. Imaginaba intensas aventuras de piratas mirando la costa con sus lejanas luces brumosas delineando casas y calles: un par de filibusteros remaban hacia el muelle transportando pasajeros y bultos, a veces con lluvia torrencial, que aumentaba el nerviosismo de mi madre.

A la amplia y acogedora casa de los tíos, hecha con bellas tejuelas de alerce, con una decoración interior alemana diseñada por la tía Helga, llegaban los miembros de la familia dispersos por la zona para comer con nosotros y narrar su diario

vivir marcado con los escasos matices de una vida sencilla. Mis padres, citadinos y por ende con muchas cosas que contar, se abstendían de hablar demasiado para no causar mala impresión. Traíamos discos de moda para colocarlos en la vieja tornamesa y aumentar la reducida variedad local. De lo contrario era una lata escuchar la ridícula y pasada de moda canción “Juanita Banana” o unos cuantos discos de tangos y boleros, invariablemente los mismos. Qué decir del cuasi himno “El lobo chilote”, oído hasta el cansancio en todas las oportunidades posibles, año tras año. Tras la cena, el tío Luis servía licor de oro o apiado en vasos pequeños, a todos, incluso a mí. Esos licores no me afectaban. En cambio el *enguindado*, con esas malditas guindas chicas como pasas rodando al fondo de la botella, trasminadas de alcohol, me dejaba hablando leseras. A veces, a hurtadillas de los adultos, me comía unas cuantas, a menudo demasiadas, con las inevitables consecuencias. Entonces todos se reían a mi costa y con bastante frecuencia me convertía en el número favorito de la ocasión.

La hora que más esperaba era el momento en que el tío se levantaba de la mesa, iba a su silla predilecta y me sentaba en sus rodillas. Mientras tanto, sin nosotros, la tertulia continuaba hasta tarde. Allí me contaba historias marinas: las del Caleuche con su tripulación de brujos fantasmas; el Imbunche saltando entre los bosques en un solo pie, porque el otro lo tiene metido en su espalda; el feo Trauco embarazando a las niñas solteras de la Isla (aún hoy se cuenta que suele ocurrir); o la hermosa sirena Pincoya, que cuando por la mañana baila de espaldas a la costa, anuncia buena pesca, y cuando lo hace al revés, advierte que escaseará la comida. Así el tío iba mostrándome en vivos colores el poblado panteón de seres mitológicos de la isla de Chiloé, tan alejada del mundo en aquellos tiempos. El tío Luis y la tía Helga no tuvieron hijos; como sus hermanos tampoco tenían hijos pequeños a quienes regalonear, yo era lo más parecido a uno.

De niño yo veía al tío Luis como un enorme oso que me tomaba entre sus brazos grandes y fuertes como troncos para

narrarme historia tras historia, agitando las manos y utilizando voces roncadas de diverso tipo para provocarme miedo. Me gustaba sentir ese miedo a lo desconocido, imaginar los húmedos abismos verdeoscuros del mar, conocer las correrías de los brujos de la Cueva de Quicaví, subir al lomo de las serpientes gigantes Ten Ten Vilú y Cai Cai Vilú, trenzadas en eterna lucha, y viajar por sus rutas en el espacio marino. Me adentraba con tanta intensidad en sus relatos, que podía escucharlo durante horas. Después, claro está, me costaba dormir rememorando a estos temibles personajes ancestrales.

A los diez años cambié las rodillas del tío por una silla, pues ya experimentaba vergüenza. Empezó a matizar las archiconocidas historias con sus propias vivencias, tan adornadas que él también adoptaba la estatura de un personaje mitológico real. Nunca dejé de verlo con mucho respeto y admiración.

En aquella época lejana, nuestro juego favorito con el tío era dibujar un círculo y dividirlo en las horas del reloj, siempre de izquierda a derecha. Primero en un bloc de dibujo, con un lápiz; después en grande, en el patio, con cordeles y estacas, o cavando agujeros en el suelo con una pala. Más adelante, a ese juego le agregó los conceptos de latitud y longitud; me enseñaba a reconocer las principales estrellas y a memorizar los nombres de los aparejos de un barco. Con él aprendí a ver la hora antes que el común de los chicos de ese tiempo, a caminar a oscuras y sin miedo por el patio, a seguir un rastro y preparar trampas, además de muchas otras habilidades envidiables. Mis padres se sentían felices con estos aprendizajes. Pienso que su esfuerzo por ir a Chiloé cada año tenía algo que ver con la conservación de las tradiciones familiares, que en la capital se perdían sin remedio. Mi papá fue un fiel amigo y admirador del tío. De hecho, después supe que cuando jóvenes habían salido juntos de remolienda; y al parecer le había perdonado todos los pecados de los que tuvo conocimiento, que —imagino— no eran pocos.

El tío era un hombre con mucho recorrido: se había hecho a sí mismo luchando para hacerse una posición en la vida, aunque